

Gustave Flaubert

El hilo del collar

Correspondencia

Selección y edición de Antonio Álvarez de la Rosa



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© de la selección, traducción y edición: Antonio Álvarez de la Rosa, 2021
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2021
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1362-347-4
Depósito legal: M. 7.296-2021
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Prefacio
17 Cronología (1821-1880)
- El hilo del collar: Correspondencia
- 23 1. La misma idea fija: ¡escribir! (1833-1845)
54 2. Tres muertes y un terremoto llamado Louise Colet (1846-1848)
126 3. El sueño de un viajero y el aterrizaje en la literatura (1849-1850)
180 4. En la madriguera del oso: el «diario» de *Madame Bovary* (1851-1856)
345 5. Banquillo de los acusados y éxito editorial (1857-1862)
442 6. El ermitaño y el París mundano (1863-1869)
511 7. «La irremediable barbarie de la humanidad» (1870-1872)
574 8. La hidra de la idiotez (1873-1876)
615 9. Epopeya de la estupidez humana (1877-1880)
665 Índice onomástico

Prefacio

El hilo del collar es una antología que pretende encerrar un océano de cartas en una piscina epistolar, intentar que sean estas un muestrario representativo del pensamiento del autor, de su forma de ver la vida y sus circunstancias históricas, ofrecer las distintas «caras» biográficas, un escaparate, en resumen, lo suficientemente goloso para decidirse a visitar la tienda y hasta la trastienda de su gigantesca correspondencia.

Al entrar en la intimidad epistolar de Flaubert, lo primero que salta a la vista es un espejo literario que nos devuelve sin cesar la imagen de nuestra sempiterna condición humana. Salvo para atender asuntos cotidianos, solicitar una información o concertar un encuentro, es muy difícil encontrar cartas, incluidas las de su niñez y adolescencia, que no contengan, como mínimo, una reflexión de calado.

Esta antología de toda su correspondencia obedece a mi convencimiento de que, además de ser uno de los

grandes novelistas del siglo XIX, aún muy vivo, Flaubert es un pensador. De hecho, y como comprobará el lector, a sus dieciocho años ya se lo anuncia a su amigo Ernest Chevalier: «Si alguna vez tomo parte activa en el mundo, será como pensador y como desmoralizador». Incluso cuando comenta la actualidad, consigue bucear por debajo de las marejadas de su tiempo, porque intuyó muy pronto que la ficción es el mejor mirafondos, si se quiere desvelar la realidad, y que no hay creación sin observación: «Para que algo sea interesante, hay que mirarlo intensamente», le escribió a Alfred Le Poittevin, otro de sus amigos del alma (16.9.1845).

Todo antólogo es, por definición, subjetivo. Pertenezco a la cofradía de los flaubertianos desde hace, más o menos, medio siglo. ¿Por qué no quedé atrapado en otra red literaria? Sin duda, interviene el azar, pero supongo que también la necesidad. Creo que fue la *Correspondencia* de Flaubert lo que hizo que se me fueran agrandando los ojos de la admiración y de la afinidad. Lo recuerdo porque empecé a recomendar la lectura de esas cartas y, acto seguido, añadía, más o menos literalmente: «Hay que leerlas cuando esté uno emocionalmente equilibrado, cuando la vida te sonría o, al menos, no te abronque, porque Flaubert te mete en el fondo del barranco de la condición humana». Quería decir, en síntesis, que me había sumergido en un mar de reflexiones, enaltecedoras de la Belleza, por una parte, pero pesimistas y lúcidas con mucha frecuencia, poco esperanzadas respecto a la mejoría de la condición humana en el contexto de una sociedad como la suya que idolatraba el becerro de oro del Progreso. Al leer sus miles de páginas, por un lado,

contemplaba la belleza del Arte y, por otro, la maldad de sus y de mis congéneres, los tiburones bípedos, la *bêtise* (estupidez) de siempre y el tópico, gusanos minadores de nuestra inteligencia.

Con los escritores que nos acompañan durante muchos años o, mejor dicho, con aquellos a los que no dejamos ni a sol ni a sombra, enmudecidos o hablándoles, tenemos más conversación que con la mayoría de nuestros prójimos y próximos. Aunque discutas o dialogues con Flaubert, nunca te deja el mal sabor de la derrota dialéctica ni el gustazo de la victoria. No tienes la sensación ni de vencido ni de vencedor. (Es como amistarse con su admirado Montaigne: siempre será superior el agradecimiento por haber podido participar en un diálogo entre siglos.)

He leído tantas biografías de Flaubert, las más de cuatro mil cartas contenidas en la edición de *La Pléiade*, sus escritos de juventud y de viajero, tantos ensayos y diccionarios sobre su obra y su vida que, en muchas ocasiones, he tenido la impresión de estar a su lado, mirándole escribir, oyéndole gritar sus frases recién salidas del horno de sus plumas en el mítico *gueuloir* (gritadero), espacio doméstico –destruido más tarde por la piqueta inmobiliaria– en el que practicaba algo muy evidente: las frases mal escritas no resisten la oralidad, tonitronante en el caso de Flaubert: «Son las 2 de la mañana. Creía que era medianoche. Estoy extenuado por haber vociferado toda la noche mientras escribía. Es una página que será buena, pero que no lo es» (a Louise Colet, 21.3.1853). Como un *voyeur* libidinoso, incluso me he escondido tras las cortinas de algún burdel u hotelito rural, tratando de com-

probar si no exageraba la fama de su motor amatorio. Le he acompañado, sobre todo, en su viaje por el Oriente Próximo, sin perderme, por supuesto, sus trajines eróticos con la famosa cortesana Kuchuk Hanem al sur de Luxor, en Esna, ciudad en la que el gobierno egipcio (1850) concentró a las prostitutas, convirtiéndola en un centro de atracción turística. Nada nuevo bajo el sol político, por cierto. He asistido como comensal –con derecho a mirar, pero no a comer– a algunos de sus encuentros mensuales en Magny, el restaurante parisino en el que se reunían un par de veces al mes cabezas tan preclaras como Renan, Sainte-Beuve, Turguénev, Flaubert o Berthelot. En una ocasión pude conocer a George Sand, la única mujer que participó en esas famosas cenas en las que se hablaba, por supuesto, de literatura, pero también, y mucho, de política, de religión y ¡cómo no! de experiencias sexuales.

Escribir fue su verdadera razón de ser y de existir. Fue consciente del *rostro de su destino* –certera metáfora de Borges al calificar la importancia de la correspondencia de Flaubert–, porque él mismo se definió, recién cumplidos los treinta, como «un hombre-pluma» (a Louise Colet, 31.1.1852). Cuando, con ojos de antólogo/biógrafo de ocasión o, simplemente, con la mirada del amigo y admirador, uno observa la coherencia como columna vertebral de la vida, se da cuenta de que esa es una de las grandes virtudes de Flaubert. No digo que no haya contradicciones en la suya, pero creo que son *peccata minuta* comparadas con el hormigón de su existencia. Además de rastrear todo lo que se mueve a su alrededor, el radar del novelista no se pierde a sí mismo de vista. Por

ello y desde muy joven, su correspondencia registra esa sístole-diástole, la necesidad de sentir los latidos de la realidad y, casi al unísono, bombear la sangre de los sueños, de los deseos, la imaginación volando mientras el cuerpo sigue en la tierra, sumergirse en la ficción, en la suya y en la de los demás: una forma de aceitar el óxido de la cotidianidad.

Para cualquiera que sienta la necesidad de adentrarse por los tortuosos caminos de la creación, incluso aunque no sean literarios, entre otras recomendaciones no debe faltar la lectura de esta correspondencia, el vía crucis doloroso y gozoso de la escritura, la convicción sostenida sin desaliento de que no hay fondo sin forma. Quizá basten estos dos ejemplos. Cuando está a punto de comenzar la escritura de *Madame Bovary*, ya es consciente de que todo depende del plan trazado. Así se lo hace saber a Louise Colet mediante una metáfora que utiliza con frecuencia: «Hablas de perlas, pero las perlas no forman el collar, es el hilo» (31.1.1852). Casi treinta años después, formula la misma convicción, pero de forma diferente: «Ni los alhelíes ni las rosas son interesantes en sí, lo único interesante es la manera de pintarlos» (a Huysmans 7. 3.1879).

Para empezar, conviene utilizar la escoba antitópicos. Más acá de estar considerado como uno de los grandes novelistas del siglo XIX, el autor de *Madame Bovary* pasa por ser una especie de apolítico, de burgués no comprometido, de mandarín en el cielo de su torre de marfil, además de un sempiterno gruñón, incluso de un anti-sistema, diríamos hoy. ¡Ay las ideas recibidas, *les idées reçues*, como decía él mismo! Si Hugo fue un humanista,

un idealista, cuasi un utópico, convencido de ser un faro para el pueblo, Flaubert fue su antítesis: un pesimista lúcido que, en todo caso, creyó en el ser humano individual, pero no, desde luego, en la masa, un convencido de que podemos conocer la condición humana, pero no cambiarla, que el ayer es el hoy menos sus circunstancias.

Se puede editar una antología de la correspondencia de Flaubert por temas, por cada uno de los temas constantes, quiero decir, que aparecen en las 4.488 cartas consultables en la edición electrónica de la Universidad de Ruán, dirigida por Yvan Leclerc y Danielle Girard, único formato para hacer accesible tanta complejidad de contenido y de continente. Dicho sea de paso, las cartas encontradas y publicadas solo son una parte de todas las que escribió y envió. Entre muchísimas otras, fueron destruidas o desaparecidas las cartas a Juliet Herbert, la institutriz inglesa, amante secreta, quizá el único y gran amor de Flaubert. Darían para más de una docena de temas. Por ejemplo, sobre el amor, no como estrella rutilante de la existencia, pero sí el erotismo como mostró con maestría en *Madame Bovary*; la educación como reflejo del poder constituido; la literatura, el arte y la lectura como tablas de salvación; la muerte como corolario de la vida; la estupidez humana y los tópicos, nuestras piedras de Sísifo; la religión o, mejor dicho, su desprecio por las Iglesias; la masa y su aversión hacia la Inteligencia y la Belleza o el burgués, prototipo de la necedad; la mujer como «la Ojiva (*sic*) del infinito»; la ciencia y la importancia de «no concluir» son, entre otros, asuntos que aparecen con regularidad, dependiendo, claro, de los avatares biográficos de su autor.

Flaubert nació en 1821 y, por lo tanto, cumple ahora su bicentenario, fecha más que oportuna para celebrar la frescura de su savia literaria y la permanente hondura de su pensamiento. *El hilo del collar* pretende ser la primera antología en español capaz de rezumar la esencia de sus casi 4.500 cartas conocidas. No es esta una edición académica. En este sentido, además de la reciente y ya citada edición electrónica de la Universidad de Ruán, me ha acompañado siempre la de la editorial Gallimard en su colección/santuario literario de La Pléiade, realizada por Jean Bruneau en sus cuatro primeros tomos y por Yvan Leclerc en el quinto y último. En España, salvo un banco o poderosa institución filantrópica, no hay editorial que se atreva a publicar seis mil páginas que contienen no solo todas las cartas encontradas y muchas de las de sus corresponsales más relevantes que ayudan a entender las del novelista (las de Louise Colet, George Sand o Maupassant, entre otros), sino también millares de notas, aclaraciones onomásticas y demás detalles de una edición crítica, minuciosa y, quizá, insuperable.

El hilo del collar trata de ser una invitación a reconocer entre sus páginas el conjunto de reflexiones que, incluso sin saberlo, llevamos en la mochila de nuestro tiempo, un repertorio de pensamientos y de observaciones que pueden servir para conocer(nos) mejor. También en este mismo sentido, y aun siendo consciente del delito de apropiación indebida, en algunas ocasiones he optado por encerrar entre paréntesis y puntos suspensivos las frases y párrafos que he estimado, con perdón, irrelevantes para los objetivos mencionados, pero sin caer en la trampa de los selectos florilegios.

Flaubert es un novelista clásico, pasto de miles de investigadores en todo el mundo, un escritor «de culto», mayoritario para una minoría. En su faceta de novelista, siempre a la búsqueda de la impersonalidad del creador, desde muy pronto fue consciente de su papel, como muestra en una carta a su querido Alfred Le Poittevin, enviada desde Génova. Tras una magnífica y hasta sensual descripción de esta ciudad, le espeta: «Todo esto no es para nosotros. Estamos hechos para sentirlo, para decirlo, pero no para tenerlo» (1.1.1845). En su atalaya de observador pensante tiene un olfato intuitivo, capaz de otear por encima del esmog social en suspensión, como se irá viendo desde las cartas precoces hasta las de sus últimos días. De ahí que esta edición busque facilitar el acceso a su vida y al conjunto de su obra epistolar. Por ello, las cartas aparecen ordenadas cronológicamente y por etapas o capítulos de su existencia. En cada una de las introducciones que anteceden a esos periodos, a su correspondiente lote epistolar y, en muchas ocasiones, a cartas concretas, he pretendido que el lector pueda hacerse una idea de lo más relevante de su biografía, conocer sucintamente a cada uno de los aludidos, desde los amigos hasta las amantes, desde las amigas hasta los admiradores, conocidos y personajes sociales de turno, pinceladas todas que, como migas en el sendero, solo buscan señalar los mojones biográficos de Flaubert y evitar, en la medida de lo imposible, que el lector se distraiga de lo esencial.

Cronología (1821-1880)

- 1821 El 12 de diciembre nace Gustave Flaubert en el Hospital de Ruán en el que su padre, Achille-Cléophas, era cirujano jefe y en el que vivía su familia, compuesta por su madre, Anne Justine Caroline Fleuriot, por su hermano Achille, nacido en 1813, y por Caroline, la hermana pequeña (1824).
- 1834 En el Collège Royal de Ruán conoce a Louis Bouilhet, más adelante el amigo esencial, íntimo.
- 1836 En un veraneo en Trouville conoce a Élisabeth Foucault que, tras casarse, se convertirá en Élisabeth Schlesinger, un primer y fulgurante amor que nunca desaparecerá de su vida.
- 1837 Picotea, literariamente hablando, en los más diversos géneros. Escribe, sobre todo, *Memorias de un loco* (1838), relato autobiográfico, y *Smarb, viejo misterio* (1839), lejano antecedente de *La tentación de san Antonio*.
- 1840 Como premio por obtener su título de bachiller, viaja por el sur de Francia. Conoce en Marsella a Eulalie Foucaud: breve, pero fogosa relación.
- 1841-1842 Estudia Derecho en París, escribe *Noviembre*, relato también autobiográfico, y se relaciona con las familias Pradier, Collier y Schlesinger.
- 1843-1845 Entabla amistad con «el barón Maxime Du Camp». Primera redacción de *La educación sentimental*. Enero de 1844 es una fecha clave. Una crisis nerviosa –epiléptica al parecer– le obliga a abandonar los estudios y a

- instalarse en Croisset, cerca de Ruán. Su hermana Caroline se casa con Émile Hamard en 1845.
- 1846 Mueren su padre y su hermana Caroline, que había dado a luz a una niña a la que bautizarán con el mismo nombre. Ese mismo año, su hermano Achille es nombrado cirujano jefe del Hospital de Ruán. A finales del mes de julio conoce a Louise Colet y se convertirán en amantes.
- 1847 El resultado literario de tres meses de viaje en compañía de Maxime Du Camp, sobre todo por Bretaña y Normandía, se titulará *Por los campos y por las playas*.
- 1848 Flaubert callejea por París durante la Revolución de febrero. Redacta la primera *Tentación de san Antonio*. En marzo, se produce la primera ruptura con Louise Colet, y en abril fallece Alfred Le Poittevin, su mejor amigo.
- 1849-1851 Cuando lee *La tentación de san Antonio* a sus amigos, Bouilhet y Du Camp le aconsejan que la tire al fuego. Del 29 de octubre de 1849 a junio de 1851 viaja a Oriente con Du Camp. A su regreso, reanuda su relación con L. Colet. El 19 de septiembre de 1851 comienza a escribir *Madame Bovary*.
- 1851-1856 Ruptura definitiva con L. Colet (3.3.1855). Entre el 1 de octubre y el 15 de diciembre de 1856 se publica por entregas *Madame Bovary* en la *Revue de Paris*. Entre la guarida de Croisset y diversos domicilios en París transcurre su vida durante estos años.
- 1857 Durante los meses de enero y febrero se desarrolla el proceso y la absolución tras la querrela contra la publicación de *Madame Bovary*. Tras el escándalo, la fama y un gran éxito de ventas.
- 1857-1862 Comienza a escribir *Salambó*. A mitad de 1858, viaja a Túnez y a Argelia para documentarse. Esta novela se publicará a finales de 1862 y se convertirá en una moda y también en un éxito comercial. Flaubert ya es

- famoso y se relaciona con algunos de los grandes escritores.
- 1863 Comienza su relación epistolar con George Sand y con Iván Turguénev.
- 1864-1869 Escritura de *La educación sentimental*. Se publicará el 17 de noviembre de 1869 y, desde el punto de vista de la mayoría de los críticos, es un fracaso. La muerte de Louis Bouilhet unos meses antes fue un mazazo sentimental para Flaubert.
- 1870-1872 Etapa muy sombría de su vida: los soldados prusianos instalados en su casa de Croisset; la muerte de su madre. Termina *La tentación de san Antonio* y se entrega al estudio y a la escritura de *Bouvard y Pécuchet*.
- 1873-1874 Escribe *Le candidat*, una comedia en la que critica a los políticos de su tiempo. Será muy poco representada y se editará. Aparece la versión definitiva de *La tentación de san Antonio*.
- 1875-1877 La ruina económica de Commanville, el marido de su sobrina, acarrea la suya. Como un oasis artístico, compone los *Tres cuentos*, obra que será muy bien acogida. Previamente (10.6.1876), llora la muerte de George Sand. Reanuda la escritura de *Bouvard y Pécuchet*.
- 1878-1880 A regañadientes, se ve obligado a aceptar una sinecura en la Biblioteca Mazarine a partir de julio de 1879. Mue-
re en Croisset (8.5.1880) de una hemorragia cerebral.

El hilo del collar

Correspondencia

1. La misma idea fija: ¡escribir! (1833-1845)

Antes de saber leer, Flaubert escuchaba historias y leyendas. De ahí que, subido sobre la voz del señor Mignot, el abuelo de su amigo Ernest Chevalier, viajara con Don Quijote y con Sancho Panza por los caminos de Cervantes. Y del oído del imaginario infantil a la pluma y al tintero. Es tal su precocidad de lector que, a los nueve años, le escribe a Ernest Chevalier (1.1.1831): «Si quieres asociarnos para escribir, yo escribiré comedias y tú escribirás tus sueños y como hay una señora que viene a casa de papá y que siempre nos cuenta tonterías yo las escribiré». Un año después (15.1.1832) aparece el castellano personaje novelesco que le acompañará toda su vida, además de los normales errores ortográficos y sintácticos en francés, que limpio un poco en mi traducción: «Tomo notas sobre don quijote y el señor mignot dice están muy bien» (15.1.1832). Hermanadas ya la lectura y la escritura, no volverán a separarse, porque se pasó la vida sobre

todo entre esas cuatro paredes. En contra de una cierta leyenda negra que retrata a un niño de escasas luces, Flaubert comienza a cimentar su vocación literaria a los 10 años.

Nació hace doscientos años y su vida y obra participaron de la tarea titánica que consiste en condensar la historia del siglo XIX en el recipiente de la literatura. Escuchó desde la atalaya –en su caso, desde una torre de marfil– el estrépito ideológico que produjo, durante todo un siglo, el choque social y político enmarcado, como afirma Michel Winock, «en el gran siglo de la transición democrática en Francia», desde la batalla de Waterloo hasta la Primera Guerra Mundial, etapa en que la historia cambió la velocidad del caballo por la de la aviación.

Gustave nace el 12 de diciembre de 1821 en la vivienda que ocupaba la familia en el Hospital de Ruán, dirigido por su padre, un prestigioso cirujano cuya bonhomía y entorno médico estarán, por cierto, muy presentes en la vida y la obra de Flaubert. Entre Achille, su hermano mayor –heredero del cargo y la fama del padre–, y la hermana, su adorada Caroline, fallecida muy joven, Gustave goza de una infancia ensoñadora y enfurrñada, incubando lo que Sartre etiquetaría como «el idiota de la familia». En 1850 y en el curso de su viaje por Oriente le escribe a su madre: «Sabes que las primeras impresiones no se borran [...] Cuando me analizo, las hallo en mí, aún frescas y con toda su influencia [...]. El lugar del viejo Langlois, el del tío Mignot, el de Don Quijote y el de mis ensoñaciones infantiles en el jardín, junto a la ventana del anfiteatro». Ecos de una niñez entre los muros de un hospital, a medio camino entre la ciencia y la supers-

tición, entre las monjas y la medicina académica, entre los restos del siglo XVIII y el naciente positivismo del siglo XIX. Con cierta frecuencia, rememora esas impresiones chocantes de su infancia. En este caso, a Louise Colet: «Son buenas impresiones para tenerlas de joven; virilizan. ¡Qué extraños recuerdos de ese tipo! El anfiteatro del Hospital daba a nuestro jardín. ¡Cuántas veces no habremos trepado, mi hermana y yo, al emparrado y, colgados de la viña, mirado con curiosidad los cadáveres amontonados!» (7.7.1853).

Ruán, por cierto, tiene todo que ver en mi relación con Gustave Flaubert. Allí, en esa ciudad medieval y moderna de Normandía, trabé con él una amistad y una admiración que se mantienen desde hace ya más de medio siglo. En los aledaños de su catedral, tan imponente y tan maravillosamente retratada por los pinceles de Monet, en aquel Lycée Corneille –el Collège Royal del estudiante Flaubert–, donde estaba iniciándome como profesor, empecé a familiarizarme con el hijo más ilustre de esa ciudad –además de ignorado por la mayoría, el más criticado en vida, como demasiadas veces ocurre–, con el novelista que no solo inauguró una nueva etapa en la forma de novelar, sino también en nuestra manera de ver el mundo.

A los once años entra en el susodicho Collège Royal de Ruán, cantera educativa en aquella época de la burguesía ruanesa. Buen alumno, sobre todo en Historia y Literatura, en sus cartas y apuntes literarios de esos años, claramente autobiográficos, aparecen ya la misantropía, el odio por la comedia social que ve a su alrededor y el término *bêtise* (estupidez). Tiene claro que, para convertir-